



LA HISTORIA EN CASA: NUEVAS TECNOLOGÍAS Y ARCHIVOS DOMÉSTICOS

JOSÉ CARLOS GIBAJA VELÁZQUEZ • MONTSERRAT HUGUET SANTOS

RESUMEN:

El desarrollo e implantación de las nuevas tecnologías en la sociedad contemporánea ha supuesto una ampliación de la noción y el catálogo tradicional de fuentes documentales. Este fenómeno presenta implicaciones y consecuencias de todo tipo tanto en el terreno historiográfico como en el seno de la propia sociedad.

La presente comunicación plantea, en primer término, un repaso de las fuentes documentales surgidas a lo largo de los últimos años para pasar, posteriormente, a analizar las consecuencias y cambios que, tanto en el terreno de la Historiografía como en la evolución de la propia sociedad, provoca este fenómeno. A lo largo de dicho análisis se abordan, entre otros, fenómenos tales como la sacralización social de las nuevas tecnologías, que convierten al ciudadano en potencial historiador, ampliando el reducido círculo en el que, hasta ahora, se elaboraba la Historia; y el desbordamiento de información que padece el profesional de la Historia, con las consecuencias historiográficas que ello conlleva.

DESCRIPTORES:

FUENTE DOCUMENTAL • NUEVAS TECNOLOGÍAS • SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA.

RETICENCIAS DEL HISTORIADOR ANTE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

La enseñanza de la Historia en España ha tenido una tradición escasamente tecnológica. La resistencia de los investigadores y el profesorado de Historia en nuestro país a utilizar fuentes y recursos didácticos ligados a la tecnología se convirtió, a finales de la década de los ochenta, cuando en los países de nuestro entorno próximo y especialmente en los de tradición anglosajona se había consolidado una creciente tendencia hacia la utilización de las nuevas tecnologías, en un lastre que hoy en día resulta de difícil erradicación.

Apegados a la investigación basada en archivos albergados por soportes tradicionales, el historiador español ha tardado en comprender la importancia de lanzarse a indagar en otros tipos de fuentes, tales como la fotografía o la imagen en movimiento, o a transmitir su discurso historiográfico en formatos alternativos al libro impreso en papel, como el libro electrónico. Tal vez por ello, las investigaciones y los soportes tradicionales recogen aún hoy por hoy la práctica totalidad de los esfuerzos de la historiografía española. Sin embargo, foros tales como este Congreso parecen demostrar un cambio de tendencia.

Por lo que a la utilización de instrumentos tecnológicos con los que la enseñanza de la Historia se aventura se refiere, resulta penoso descubrir las dificultades del profesorado para lanzarse a la aventura de aprender a utilizar técnicas y aparatos que le despeguen de la transmisión oral

del conocimiento apoyada en la escritura manual sobre una pizarra. El profesor de Historia hace tiempo que asumió la bondad de echar mano del proyector de diapositivas o del socorrido vídeo. Últimamente, el retroproyector está ganando también espacio en las aulas. Así, el material gráfico, las imágenes o la cartografía pueden ser expuestos, cada vez con mayor rigor, en el marco de unos vehículos de transmisión más apropiados a su naturaleza textual. Sin duda alguna, se ha perdido el encanto de los viejos mapas murales impresos sobre tela plastificada que servían, impertérritos, para animar colorísticamente durante generaciones las aulas de las aburridas clases de Historia. El empleo de tecnologías para la transmisión de conocimientos en el aula ha ido aportando un cierto grado de viveza y dinamismo a la clase tradicional.

La introducción de las Nuevas Tecnologías obliga a dedicar un tiempo que permita conocerlas y aprovecharlas. Este esfuerzo ha supuesto un momentáneo debilitamiento de la producción historiográfica. Sin embargo, debemos considerar que este tiempo es en realidad una inversión, un paréntesis tras el cual cabe esperar un salto de gigante en el desarrollo historiográfico.

Ahora bien, parece evidente que no debemos confundir la utilización de aparatos en el aula con la aplicación de las nuevas tecnologías en la enseñanza de la Historia.

Hacerlo supondría no ser capaces de superar el estado de desconocimiento metodológico en que se halla sumida la didáctica de la Historia. Es preciso distinguir pues, tanto en la investigación como en la docencia, dos líneas de progreso en esta trayectoria.

Por un lado, se hace preciso avanzar en el empleo de tecnologías nuevas, por otro, el historiador y el profesor de Historia deben replantearse las bases del conocimiento histórico y de su transmisión a la luz del cambio de siglo, que no es una referencia cronológica sin más, sino que se inscribe en un contexto de previsible revolución cultural y tecnológica. Esto es tanto como decir que, como profesores de Historia, hemos de ser capaces de comprender y asumir que lo que aprendimos en su día no es sino un fondo de conocimiento útil, pero que no debe convertirse en una barrera a la hora de abrirnos a otras visiones con que trabajar nuestros saberes y nuestros métodos.

Por lo que se refiere a las nuevas tecnologías que la enseñanza de la Historia debe incorporar, hoy en día es imprescindible hacer uso de las herramientas informáticas y audiovisuales. Los equipos multimedia han venido a resolver la hasta ahora complicada puesta en marcha de unas instalaciones que el profesorado de Historia veía con recelo y precaución. La gran producción disponible de software para la enseñanza de la Historia y la creciente elaboración de libros electrónicos en soporte CD-ROM y CD-I, así como la simplicidad del uso de los lectores de estas nuevas tecnologías, ponen en manos del profesor unos magníficos recursos, que este no siempre sabe apreciar.

Esta resistencia al uso de las nuevas tecnologías proviene en buena medida de la sabia conciencia que el profesorado de Historia tiene de que en realidad, sin un replanteamiento de su metodología didáctica la utilización de las herramientas carece de sentido. Es ahí donde radica el principal reto de progreso. ¿Con qué posibilidades de actualización científica y metodológica cuenta hoy por hoy el profesor de Historia para adentrarse en la aplicación de las nuevas tecnologías a su tarea productora y transmisora?. Sin duda alguna, el autodidactismo ha sido la piedra angular de todo este proceso en la comunidad docente española. Los profesionales han ido avanzando individualmente o en pequeños grupos sin que se articulasen las estructuras básicas para la transmisión de los progresos y las dificultades dentro de este proceso.

Ciertamente, desde la Universidad, los Institutos de Investigación dedicados a este tema, las empresas productoras de material multimedia, y otros ámbitos diversos se ha hecho un esfuerzo notable por atraer a los profesores al mundo de los nuevos soportes de la información. La oferta de cursos, jornadas, y toda suerte de espacios para el intercambio de información sobre las nuevas tecnologías y la Historia es muy grande y variada -como botón de muestra sirva este Congreso-. De igual modo es intenso el desconocimiento del trabajo realizado por los grupos de trabajo

de distintos medios educativos y de investigación. Son las relaciones personales y los núcleos de interés común los que articulan los encuentros y los flujos de información. El interés institucional y administrativo por cubrir las necesidades de esta parcela de la investigación, facilitando -no ya los medios- sino esencialmente los canales esenciales para la articulación de una comunidad científica productiva, es muy débil y discurre por planteamientos obsoletos.

Además, el panorama actual de la producción dentro de las nuevas tecnologías aplicables a la enseñanza de la Historia presenta una fragmentación excesiva junto con una acumulación de materiales de los que no se ha hecho aún una valoración crítica ni una relocalización en el mapa conceptual de la disciplina histórica. Los profesores de Historia atribuyen a los materiales en soportes alternativos la cualidad de estar concebidos como cestos cargados de información pero carentes del rigor científico necesario para dar coherencia al discurso histórico. Si bien es verdad que el proceso de elaboración argumental de este tipo de textos presenta aún rasgos propios de una fase escasamente avanzada, no es menos cierto que esta crítica refleja también la carencia de una formación adecuada del profesor para hacer frente a un discurso alternativo, cuyas características esenciales son: la presentación de unidades mínimas de información, la lectura multidireccional y personalizada de dicha información y la posibilidad que ofrece al lector de elaborar sus propias construcciones de la Historia.

EL ARCHIVO EN CASA

Dicho lo cual, se da la paradoja de que, frente a la resistencia de los *profesionales* a asumir el uso y las implicaciones de las nuevas tecnologías en el desarrollo y la transmisión de la ciencia histórica, los productos tecnológicos ponen en manos de los usuarios de a pié, en los hogares en definitiva, un buen número de fuentes que, con mayor o menor grado de elaboración, son elementos útiles para la construcción del discurso histórico. Los productos multimedia generan en definitiva *archivos domésticos*, de carácter incompleto o parcial, que el usuario -no historiador- puede leer, lo que le permite tener acceso a unos documentos hasta hace poco vedados al gran público. El fenómeno de las enciclopedias multimedia o de las colecciones de documentos visuales en soporte vídeo ejemplifican la capacidad que tienen los ciudadanos de almacenar y de disponer de información histórica, en buena medida primaria.

Si los profesionales de la Historia recelan de las nuevas tecnologías, los usuarios a quienes las empresas editoriales intentan hacer llegar sus productos, fascinados por las nuevas tecnologías, carecen de la formación teórica necesaria para poder leer con *sentido histórico* la acumulación informativa que se les vende. La falta o la inadecuación del conocimiento de la Historia impide a los usuarios desbrozar e interpretar los contenidos de las fuentes.

Sin embargo, la sacralización social de las nuevas tecnologías ha desplazado a los viejos soportes informativos, de tal manera que invaden los hogares, supliendo incluso la función ornamental que cumplían las antiguas estanterías de libros en la sala de las casas. El actual interés de la sociedad por las nuevas tecnologías se está traduciendo, irónicamente, en una singular abundancia de libros y artículos que tratan sobre la muerte de la cultura impresa de la que, sin embargo, los nuevos soportes, aunque solo sea por el diseño de sus contenidos, son hoy por hoy deudores ¹.

Así pues, el avance de las nuevas tecnologías en las Ciencias Sociales en general y en la Historia en particular, permite plantearse tres puntos para la reflexión y el debate: *¿Qué entendemos hoy por documento histórico? ¿Es la mayor accesibilidad de las fuentes, como consideran algunos historiadores, un "estigma" para conseguir un producto historiográfico de calidad? ¿Debe la Historia mantenerse en sus reductos profesionales, tan ajena como hasta la fecha, a la contribución que la sociedad pueda hacer al discurso histórico?*

RECONSIDERACIÓN DE LA IDEA DE DOCUMENTO HISTÓRICO ANTE EL AVANCE DE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

Un vistazo rápido a una tipología cualquiera de fuentes en uso nos hace contemplar el abismo conceptual y metodológico entre la idea clásica de documento y la actual, a la luz de las nuevas tecnologías. ¿Se trata simplemente de concebir la fuente en soporte nuevo, o se trataría más bien de avanzar en la idea de ampliar la noción de documento en los albores de la era tecnológica?. Sin duda alguna, el acceso al documento por medio de nuevos soportes supone ya de por sí un cambio significativo que el historiador no debe perder de vista ni tampoco malgastar. Pero además, creemos que la tipología documental crece en función de los nuevos registros tecnológicos.

Veamos cuáles han sido las fuentes tradicionalmente contempladas por los historiadores, según una reciente clasificación ²:

Fuentes históricas

MATERIALES Y/O ARQUEOLÓGICAS:

Utensilios (de la vida diaria), mobiliario, vestidos, ornamentos (personales o colectivos), armas (ofensivas y defensivas), símbolos guerreros (estandartes...), instrumentos laborales (herramientas...), construcciones (templos, casas, tum-

bas...), esculturas, monedas, restos (de personas o animales), ruinas, exvotos, nombres de lugar (toponimia), otras.

ESCRITAS:

Autobiografías, biografías, crónicas, censos, documentos jurídicos (constituciones, códigos, sentencias, leyes, decretos...), testamentos, discursos escritos, cartas, diarios privados, libros de cuentas, libros de Historia, novelas, poemas, leyendas y mitos, prensa, estadísticas, mapas, gráficos, inventarios, registros parroquiales, otras.

VISUALES:

Pinturas, chistes dibujados (sátiras, etc.), fotografías, grabados, filmes, vídeos, programas de televisión, otras.

ORALES:

Entrevistas a personas, grabaciones en gramófono u otro soporte, leyendas contadas o recopiladas de viva voz, programas de radio, casetes, otras.

Como puede verse, esta clasificación no diferencia entre el contenido de las fuentes y el soporte en que se presentan. Tampoco tiene en cuenta el grado de elaboración de las mismas, algunas de las cuales, como las materiales, son sin duda alguna primarias, y otras -como los libros de Historia- serán primarias o no en función del objeto de estudio que nos ocupe. Precisiones a parte, esta clasificación, siendo como es amplia y rigurosa, adolece de falta de visión coetánea de las fuentes documentales.

La tipología documental debería ser objeto de una profunda reconsideración. En primer lugar, sería necesario ampliar la tipología de las fuentes. Deberían tenerse en cuenta, por ejemplo, dentro de las fuentes materiales, los productos tecnológicos de las sociedades contemporáneas, o bien, en las visuales, los diseños creados por ordenador o la cartografía digital y, en las escritas, el hipertexto, etc. Además, es preciso que el historiador reconsidere su propia visión de lo que es una fuente, discriminando la noción de soporte y el contenido de los mismos, y flexibilizando su apreciación de la fuente, aceptando como tal cualquier elemento disponible para el análisis y estudio, encaje o no en una clasificación ordenada.

LAS FUENTES DOCUMENTALES "ACCESIBLES"

Las nuevas tecnologías tienen, entre otras, la virtud de permitir captar y reproducir fuentes documentales que hasta hace pocos años se veían sometidas a la privacidad de la

¹ José M^a BERENQUER (1996): "La nueva cultura virtual", en *El Urogallo*, nº 121, junio, pp. 37-41.

² TREPAT, C. A. (1995): *Procedimientos en Historia. Un punto de vista didáctico*. ICE - GRAÓ, Barcelona.

investigación en el archivo. El investigador puede, sin el coste físico que suponen los desplazamientos, disponer en casa por ejemplo, utilizando como herramienta su equipo multimedia, de fuentes hemerográficas antiguas o actuales impresas en CD-ROM, de material fílmico, documental o de ficción, en soporte de vídeo, así como de testimonios visuales y orales grabados en cintas de vídeo o de cassette, o catálogos de obras de arte, impresos en distintos formatos de libro electrónico con una más que aceptable calidad. El investigador puede traerse a casa la sala de un museo y trabajar a partir del material virtual importado a través de las redes telemáticas ³.

Imitando los antiguos sistemas mecánicos de reproducción de textos, el hipermedia, sigue fomentando la incorporación del texto, junto a la imagen y al sonido, al modo tradicional. La presencia arrolladora de los archivos de imágenes, sobre todo estáticas, suele dejar a los textos encajados en espacios mínimos que emergen a la pantalla en forma de ventanas cuyo contenido ha de cargarse lo menos posible para que el usuario pueda leerlas. En la edición electrónica, las brillantes ilustraciones han ganado la batalla al texto historiográfico, siempre escaso y en ocasiones de calidad poco cuidada.

Esta tendencia es fácilmente observable en los hiperdocumentos, en los que, manteniéndose la inercia de la reproducción de los libros, se salta de un texto-documento a otro como si se pasara de página. Pese a que se suele utilizar el término hipertexto, aún se está lejos de alcanzar el verdadero sentido de esta noción, según la cual se genera un solo texto que se extiende, y donde la pantalla no equivale a la página tradicional, sino a un espacio de tiempo que sostiene palabras ⁴.

Pese a todo ello, no podemos dejar de señalar las notables ventajas que el hipermedia depara al trabajo del historiador. En síntesis puede decirse que el hipermedia, en tanto soporte de fuentes historiográficas:

1. Tiene una enorme capacidad de almacenamiento de fuentes en unidades pequeñas y manejables.
2. Permite romper los muros de los fondos archivísticos.
3. Ofrece la posibilidad de incluir simultáneamente fuentes textuales, e imágenes estáticas y cinéticas.
4. La digitalización a la que se ven sometidos los documentos garantiza su seguridad y su conservación, preservando a las fuentes de los avatares que, como las situaciones de conflicto, pudieran destruirlas.

5. Altera el concepto de archivo, transformándolo de almacén o depósito de documentos en centros de información y de formación cultural, de los que el historiador - como el resto de los ciudadanos- puede beneficiarse.
6. Facilita la contextualización del documento, al hacer posible la recreación de las condiciones ambientales - espacio y tiempo- a las que pertenece el documento. En definitiva, el hipertexto dota de vida al documento.
7. Permite segmentar el proceso de elaboración del discurso histórico. La elaboración del archivo digital -al exigir criterios de selección y de organización- se convierte en el primer paso para la construcción del texto historiográfico.
8. Hace posible que, documentos emplazados en archivos geográficamente distantes entre sí puedan verse, leerse y valorarse juntos. Facilita el trabajo de contrastación.
9. Finalmente, el archivo digital o hipermedia, en la medida en que puede ser transportado al lugar habitual de trabajo del historiador, le permite trabajar en su espacio privado, de forma más pausada y por lo tanto más fructífera.

En definitiva, a la luz de los aportes del hipermedia y de la digitalización, una revisión de la tipología tradicional de las fuentes permite percibir que el historiador acudiría, cada vez con menos frecuencia, a la fuente original. De entre todas las transformaciones que este fenómeno provoca dos son esenciales para la mejora de los procesos de investigación. En primer lugar, la garantía de la buena conservación de las fuentes originales al ser manipuladas en menos ocasiones, y en segundo, la ampliación del número de posibles usuarios de la investigación histórica, la democratización en definitiva de la tarea investigadora.

El hipermedia facilita, además, el trabajo de iniciación a la investigación de muchos jóvenes estudiantes, y no sólo en los medios universitarios. En las escuelas y en los institutos de Enseñanza Secundaria se recurre, cada vez con mayor frecuencia, a la investigación como medio para conseguir que los alumnos descubran por sí mismos las claves de la Historia, y para promover futuros ciudadanos autónomos y críticos.

Pero, aún más, alejándonos de la concepción tradicional del archivo, como un espacio que acoge sólo cosas del pasado, ya no el libro electrónico, sino los nuevos medios electrónicos, han ganado la batalla a los medios en papel en el campo de la información, poniendo al servicio del historiador fuentes de primera mano para la elaboración de la Historia actual ⁵. Un nuevo reto está servido.

³ Ver el reciente trabajo de Arturo COLORADO CASTELLARY (1997): "Museo e hipermedia" en *Revista de Museología*, De. AEM, nº 11, junio, pp. 30-35.

⁴ Antonio R. DE LAS HERAS (1996): "Hipertexto. El texto plegado" en *El Urogallo*, nº 121, junio, pp. 30-33.

⁵ Francisco MARTÍN CARBAJAL (1996): "A vueltas con el libro electrónico", en *El Urogallo*, nº 121, junio, pp. 34-36.

Con todo ello, se altera, como veremos, la idiosincrasia del historiador y de su profesión, según se ha venido entendiendo hasta hace poco tiempo. El historiador razonará vías de indagación, elaborará instrumentos y herramientas para el descubrimiento de la Historia y facilitará a la sociedad marcos conceptuales útiles pero no determinantes. Las Nuevas Tecnologías llegan incluso a virtualizar la presencia del historiador en las funciones transmisivas del conocimiento histórico, porque lo importante ya no es el discurso unidireccional emanado de un agente físico que interpreta la historia, sino el fruto de sus esfuerzos investigadores y didácticos plasmados en trabajos concretos.

IMPLICACIÓN SOCIAL EN EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE LA HISTORIA

Para valorar correctamente la implicación que la sociedad debería tener en la construcción del discurso histórico, dado el alto grado de accesibilidad a las fuentes del conocimiento histórico en relación con el gran avance de las Nuevas Tecnologías, es preceptivo comprender cuál ha sido el mecanismo de legitimación del discurso histórico hasta hoy.

El análisis resulta, dentro de la complejidad del proceso, bien simple. Hasta ahora la Sociedad designa a un colectivo de profesionales, los historiadores, a quienes ofrece una cualificación que garantice a la Sociedad la calidad de los modelos explicativos de la Historia. Los expertos teorizan a partir de tres tipos de condicionantes: su acceso privilegiado a las fuentes, su percepción personal, vital y educativa de los procesos históricos y la influencia de su entorno y su tiempo, explicitada esencialmente en las dinámicas socioculturales e ideológicas del momento histórico. Las elaboraciones del discurso histórico quedan materializadas en unos textos que la Sociedad -en la que los historiadores se forman- leerá y acatará, sin atreverse a discutir los textos que aprende.

Sin embargo, los rasgos de una Sociedad contemporánea, que se dice a sí misma democrática, abierta y crítica, requieren de un modelo alternativo para la elaboración de las teorías que construyen su historia. Los pilares de la transformación están puestos. La difusión y el crecimiento del acceso a la información por medio de las Nuevas Tecnologías promueve sociedades más y mejor informadas y por lo tanto más críticas y más maduras ideológicamente hablando. El papel del experto queda pues relativizado, minimizado en una dimensión más contemporánea. El historiador del modelo heredado tenía la función de brujo, cuyas valoraciones no son objeto de contrastación por parte de los miembros de la tribu. Al igual que la Medicina, que a partir de las prácticas preventivas fue dejando de ser un reducto al que sólo los iniciados tenían acceso, la Historia

debería adecuarse a los tiempos, aceptando que la difusión de las fuentes y la enseñanza de los métodos garantizan sociedades más sanas en el conocimiento de los resortes que mueven sus comportamientos.

Ahora bien, la ampliación de los agentes que construyen la Historia ha de deparar a los historiadores una redefinición de su profesión y de su responsabilidad social. Pensar que el historiador trabaja para satisfacer exclusivamente sus inquietudes personales de conocimiento no deja de ser el reconocimiento de una limitación, cuando menos incierta y no compartida por muchos profesionales. La democratización de los procesos de construcción de la Historia exigen del historiador dos disponibilidades, generosas pero, por otra parte, necesarias.

La primera sería la creación de discursos flexibles y abiertos que abunden -las Nuevas Tecnologías garantizan un formato adecuado para ello- no ya en la multicausalidad, sino en la complejidad de las explicaciones y de los desarrollos de la Historia. La segunda, la difusión social de las herramientas, las técnicas y la metodología necesarias para hacer interpretaciones rigurosas y útiles de las fuentes. En realidad, esta segunda demanda exigiría una mayor y más consciente implicación del historiador en los distintos niveles educativos, entendiendo su trabajo como una devolución generosa a la sociedad de la que procede y en la que se ha formado. Sólo con esta devolución encontraría encaje el proceso de socialización del acceso a las fuentes que ya hemos visto.

¿Estamos negando en nuestra argumentación el derecho y la capacidad interpretativa de los historiadores?, en absoluto. Nos limitamos a juzgar como relativa su significación dentro de la sociedad, a la luz de los cambios derivados de la socialización del acceso a las fuentes. El historiador habrá de seguir produciendo sus discursos cuyo destino final habrá de limitarse fundamentalmente a servir de modelo metodológico.

Interpretar que las Nuevas Tecnologías están obstaculizando los procesos globalizadores de construcción de la Historia representa una actitud poco hábil y escasamente positiva ante el planteamiento de los nuevos retos. No cabe duda de que el momento invita a la incertidumbre y que de la confusión que provoca la indefinición de la disciplina en esta etapa pueden derivarse actitudes de rechazo hacia las Nuevas Tecnologías, en la esperanza de evitar una evolución que, en realidad, sólo podría aplazarse. En cambio una actitud valiente por parte de la comunidad de expertos en la disciplina histórica serviría para poder planificar estrategias y avanzar en el reto de conseguir dar participación a las sociedades en la elaboración del relato de sus propias historias.

